

## Cartas de mujeres de la segunda mitad del XIX

# Algunas líneas teóricas para describir un estado del género

Magdalena Arnoux\*

### Introducción

La carta personal resulta, para los analistas del discurso, un objeto aún hoy desconcertante. Si bien, por un lado, su *genericidad* es transparente, es decir, se la reconoce inmediatamente como tal, por otro, parece rehuir las descripciones sistemáticas y los límites —composicionales, temáticos, estilísticos— a los que se la busca circunscribir. Esta diversidad es todavía más notoria en un *corpus* como el nuestro —cartas escritas por mujeres a Juan Bautista Alberdi en el segundo tramo del siglo XIX— ya que a la citada variedad temática, pragmática y estilística se le suman otras que parecen proceder de una doble inestabilidad: la de la representación del género que tienen estas mujeres (en su gran mayoría, escritoras inexpertas) y aquella que el género autoriza y que les permitirá moverse, conforme se vayan entrenando en esa práctica, en terrenos imprevisibles en los inicios de la correspondencia con Alberdi, como el de la discusión política y el discurso amoroso.<sup>1</sup>

En la presente intervención, nos proponemos recorrer brevemente las descripciones que se han hecho de la carta personal tanto en los textos con alguna orientación pedagógica (*ars dictaminis*, manuales, *Secretarios*, etc.) como en los textos teóricos que, desde la lingüística, la sociología y la historia de la cultura escrita, han intentado explicar los rasgos del género y su funcionamiento en el seno de la sociedad. Haremos, finalmente, algunas observaciones sobre nuestro *corpus*, que resulta particularmente rico para reflexionar sobre un momento histórico de esta práctica en tanto se inscribe en un período de transición que refleja y del cual participa. Veremos que en este caso, algunas de las vacilaciones que lo

atraviesan ponen en evidencia la porosidad de la carta respecto del entorno en el que surge y la muestran como un ámbito privilegiado de la construcción de una subjetividad naciente, de la apropiación de la cultura escrita por parte de sectores relegados, y un espacio en el cual se evidencia la voluntad de participar en la esfera pública en aquellos sujetos que ésta todavía excluye.

### 1. Breve recorrido histórico

#### 1.1. De las *ars retórica* a los *Secretarios*

Las cartas que conforman nuestro *corpus* pertenecen al amplio conjunto de textos que han sido históricamente designados como *correspondencia privada*, *personal* o *familiar*. Heteróclito, profuso, marcado por representaciones que los datos históricos a veces desestiman, este grupo de cartas fue objeto, tardíamente y en forma elusiva, de una descripción sistemática. En efecto, si bien su primera manifestación conservada son las *Epistulae ad familiares* de Cicerón, en el siglo I a. C., la práctica estaba instalada desde mucho antes, sin que por ello hayan quedado registros o incluso referencias en los textos pedagógicos o normativos, que sí se ocuparon de otros géneros, e incluso de ciertos tipos de cartas. Según Carol Poster, parecería que, desde el comienzo, este tipo de escritos estuvo vinculado a una enseñanza semi-formal y dependió en gran medida de la “self education”.<sup>2</sup> A falta, muchas veces, de manuales epistolares (*artes dictandi*), la teoría epistolar debió buscar rastros de este ejercicio en textos prescriptivos de otro tipo (gramáticas, manuales de buenas costumbres), así como también en los modelos de cartas (*formularies*) o en antologías de correspondencia, ficticia o verdadera, que reflejaban las representaciones del género en algunos tramos de su evolución. Al trazar la historia de la “norma epistolar”, Alain Boureau señala a Caius Julius Victor, un continuador de Cicerón del siglo IV, como uno de los primeros rétores

\* Centro de Investigaciones Filológicas “Jorge M. Furt” - UNSAM.

<sup>1</sup> Trabajamos con un *corpus* de más de 800 cartas escritas a Juan B. Alberdi entre 1844 y 1884 por 74 mujeres distintas, y que este conservó entre sus papeles personales. Esta documentación se encuentra en el Archivo y Biblioteca de la Fundación “Jorge M. Furt” (administrados por la Universidad Nacional de San Martín), en la Estancia “Los Talas” de Luján, provincia de Buenos Aires.

<sup>2</sup> Carol Poster, *Introduction. Letter-writing Manuals and Instruction from Antiquity to the present*, University of South Carolina, 2007.



en haberse detenido explícitamente en el fenómeno de las cartas privadas.<sup>3</sup> Éste segmenta, en efecto, los ámbitos de aprendizaje en tres grandes grupos: la retórica, la conversación y las cartas, divididas a su vez entre *negotiales* y *familiares*; recomienda para estas últimas claridad y simplicidad, y se permite algunos comentarios sobre el saludo inicial y final. A partir de allí habría un largo silencio teórico respecto del género epistolar, que recién se quiebra en el siglo XI con la aparición de un tratado elaborado por el monje benedictino Alberic de Monte Casino. La “ciencia epistolar” es estudiada aquí a la par del sermón y del arte poética, y es vinculada exclusivamente al ámbito clerical. Unos años después, la técnica epistolar ingresa al mundo laico, administrativo y jurídico, y es objeto de numerosos *Ars dictaminis*, que ofrecen hasta el agotamiento modelos de fórmulas, principalmente ligadas al estilo que se debe adoptar (sublime, medio o inferior) y al modo de interpelar al destinatario, en función de su estatus. En este marco, la carta personal tiene un lugar difuso en tanto no parece distinguirse del funcionamiento propuesto para las demás cartas, volcadas a actualizar, en su circulación y su contenido, las complejas tramas sociales, profundamente jerárquicas. Tal sería, en realidad, una de las funciones principales de la carta en el mundo medieval: una forma privilegiada de incorporar, actualizar y reproducir las tramas jerárquicas del mundo social. De ahí la importancia que adquirió la norma epistolar, y en particular, las numerosas fórmulas que la conformaban: permitían incorporar y evidenciar, en aspectos aparentemente anodinos como el saludo, todos los matices de la sociedad, y los lugares respectivos de quien escribe y su remitente.<sup>4</sup> En lo que respecta a la correspondencia personal y familiar, hay que esperar el Renacimiento para observar un interés creciente de esa vertiente. Según Luc Vaillancourt, este fenómeno coincide con la revalorización de los textos epistolares de Cicerón, en los cuales se aprecia el “encanto” de una elocuencia “natural”, que favorece “la expresión espontánea de los sentimientos”.<sup>5</sup> Así, a la par de los ya legitimados tipos de cartas, se postula uno nuevo, la carta familiar, para el cual se predica una “retórica informal” y la búsqueda de la singularidad del locutor, el *ingenium* individual. Al mismo tiempo que aparecen las primeras teorías sistemáticas del género epistolar —entre las que se cuentan **Opus de conscribendis epistolis**, de Erasmo (1522) o la **Epistolica institutio**, de Justo Lipse (1591)—, se publican epistolarios diversos que ponen de manifiesto algunas de las exigencias del género: “sinceridad”, “transparencia”, “informalidad”, cierto mimetismo con el arte de la conversación, la voluntad de ganarse el afecto del destinatario, la ruptura con la artificiosidad de la elocuencia oratoria.

En estos mandatos se reconocen fácilmente algunas ideas con las cuales se va a insistir en los siglos posteriores, y que están en el origen de no pocos mitos y distorsiones acerca del género, sobre

los cuales nos detendremos más adelante. Otra idea que nace poco después y que manifestará “astounding continuities” en los siglos posteriores,<sup>6</sup> es aquella según la cual esta sensibilidad que la carta personal pone de manifiesto está más vinculada con el universo femenino que el masculino. Uno de los primeros en explicitarlo fue La Bruyère, quien señaló en su libro **Les Caractères** (1689):

Ce sexe [le féminin] va plus loin que le nôtre dans ce genre d'écrire. Elles trouvent sous leur plume des tours et des expressions qui souvent en nous ne sont l'effet que d'un long travail et d'une pénible recherche... il n'appartient qu'à elles de faire lire dans un seul mot tout un sentiment... elles ont un enchaînement de discours inimitable qui suit naturellement et qui n'est lié que par le sens. Si les femmes étaient toujours correctes, j'oserais dire que les lettres de quelques-unes d'entre elles seraient peut-être ce que nous avons dans notre langue de mieux écrit.<sup>7</sup>

Nuevamente aquí es posible hablar de “mito”, en tanto, como señaló Roger Duchêne, esto no se corresponde con lo que ocurría entonces ni ocurriría después: en la antología **Les plus belles lettres des Auteurs français** del año 1689 hay apenas una mujer, Mme de Villedieu, y la mayoría de compendios de “cartas de mujeres” que se publicaban entonces profusamente eran escritas por hombres.<sup>8</sup> Así y todo, estas representaciones no solo no perderán vigencia sino que se irán imponiendo en los siglos posteriores conforme se delinee el estado moderno y se delimiten, principalmente en función del sexo, los ámbitos de lo público y lo privado.<sup>9</sup>

Un momento particularmente importante dentro de esta evolución lo constituye el siglo XVIII, con frecuencia señalado como el del “apogeo de lo epistolar”. En efecto, a la vez que la carta aparece en la literatura filosófica como el formato ideal para “l'expression efficace d'une pensée engagée”, se publican numerosas antologías de cartas “curiosas y exóticas” y florece la novela epistolar, que encuentra su manifestación más exitosa en **La nouvelle Héloïse** de Rousseau.<sup>10</sup> En este contexto, se multiplican las publicaciones de variados *Secretarios*, que proveen consejos y reglas de escritura, así como compilaciones de cartas familiares, que se presentan como modelos para el gran público. Al analizar el caso inglés, Victoria Myers observa el vínculo insoslayable que parece haber entre estos manuales y el mundo de los textos pedagógicos y morales: el aprendizaje epistolar aparece, en ellos, como un modo de entrenarse en la sociabilidad y en los valores de la cada vez más preponderante burguesía comercial. Así, por dar solo un ejemplo, los rasgos discursivos de las cartas (“concisión”, “austeridad”, “autenticidad”, “inteligibilidad”, etc.) son análogos a los que se predicaban en otros ámbitos para el comportamiento social de los *tradesmen*.<sup>11</sup> Al estudiar el caso francés, Roger Chartier

<sup>3</sup> Alain Boureau, “The Letter-Writing Norm, a Mediaeval invention”, en Roger Chartier, Alain Boureau y Cécile Dauphin, **Correspondence. Models of Letter-Writing from the Middle Ages to the Nineteenth Century**, Princeton University Press, 1997.

<sup>4</sup> Ian Cornelius, “The Rhetoric of Advancement: Ars Dictaminis, Cursus, and Clerical careerism in Late Medieval England”, **New Medieval Literatures**, n° 12, 2010, pp. 287-328.

<sup>5</sup> Luc Vaillancourt, **La lettre familière au XVIe siècle. Rhétorique humaniste de l'épistolaire**, Paris, Champion, 2003.

<sup>6</sup> Alain Boureau, 1997, *op. cit.*

<sup>7</sup> Jean de La Bruyère, **Les caractères ou le moeurs de ce siècle**, Editions Garnier Frères, Paris, 1962, p.79.

<sup>8</sup> Robert Duchêne, “Le mythe de l'épistolière: Mme de Sévigné”, en **L'épistolarité à travers les siècles**, Cerisy-la-Salle, F. Steiner, 1999.

<sup>9</sup> Carol Pateman, **El contrato sexual**, Barcelona, Anthropos, 1995.

<sup>10</sup> Marie Claire Grassi, **Lire l'épistolère**, Paris, Lettres Sup, 2005, p. 28.

<sup>11</sup> Victoria Myers, “Model letters, Moral living: Letter-Writing Manuals by

da cuenta de la amplitud que alcanzan este tipo de publicaciones en este momento histórico, y aunque concuerda en que permiten vislumbrar ciertas representaciones sobre la carta en general y la carta personal en particular, demuestra que se trata de manuales lo suficientemente contradictorios o alejados de las prácticas concretas de sus lectores como para que les resulten totalmente inútiles a la hora improbable de ponerse a escribir. Así, más que ofrecer la descripción de un estado del género o de los rasgos históricos de la práctica en ese momento preciso, estas publicaciones constituirían, en forma rudimentaria, textos de ficción, en tanto esbozan historias que se sitúan —por la clase social de los interlocutores y el ámbito en que dicen circular— en un universo de exotismo social en el que radicaría su atractivo. Y si son un “modelo imposible” desde el punto de vista discursivo, se inscriben sin problemas en una “pedagogía del mundo social” al que presentan como estratificado, homogéneo, inamovible.<sup>12</sup>

## 1. 2. El siglo XIX: la edad dorada y sus sombras

Un cambio notorio, aunque progresivo y lleno de matices, se da en el siglo XIX de la mano de tres evoluciones mayúsculas: el aumento del alfabetismo con la lenta puesta en marcha, a partir de mediados de siglo, de los sistemas públicos de enseñanza; el desarrollo del transporte y una apertura económica que propicia los desplazamientos y el consecuente florecimiento de las cartas comerciales o de negocios; y la formación de una esfera privada, a resguardo del espacio público, en la cual la correspondencia privada aparece asociada con la idea de “refugio del sentimiento, la efusión, la verdadera naturaleza del yo, comunicada a quien sea digno de escucharla”.<sup>13</sup> Los cambios mencionados —tanto en el plano económico, como político, social y cultural— reconfiguran los rasgos y los usos de la carta personal y agudizan, en función de distintas variables, las divisiones que venían dándose desde tiempo atrás. Por un lado, se ubican las cartas de “letrados” —cartas con valor literario, intelectual o político— que pasarán a engrosar el universo de los textos literarios, autobiográficos o teóricos. Y por otro, las cartas de los *peu lettrés*, de la gente común, emparentada con la escritura doméstica, y cercana, por ello mismo, con géneros tales como los cuadernos de la contabilidad doméstica o los diarios íntimos o los *faire part*—participaciones— de casamiento o nacimiento, u otros géneros que no pretenden trascender la vida privada. Retomando los términos de Dominique Maingueneau, estaríamos ante textos que, si bien comparten la *escena genérica*, pertenecen a *escenas englobantes* distintas, es decir, forman parte de universos discursivos diferentes: la literatura (de ficción o de ideas) en un caso; el mundo doméstico y cotidiano, en otro.<sup>14</sup> Más

allá de las representaciones que han prosperado y que sitúan al siglo XIX como la edad dorada del género epistolar, lo cierto es que la correspondencia privada dista de estar tan ampliamente difundida como se supone. Según Cécile Dauphin, en el caso francés, esta representa el 10% de la correspondencia total, y si bien aparece como un ritual instalado en las clases altas, que lo conciben como un instrumento clave de la sociabilidad, este no parece haberse extendido, hasta mucho tiempo después, al resto de la población.<sup>15</sup> Por el contrario —y en nuestro *corpus* hay ejemplos de esto— la escritura es todavía, para la gran mayoría de la gente, una práctica extraña. Florence Weber recuerda, al estudiar la escritura de cartas votivas en las clases populares francesas del siglo XIX, el carácter “laborioso e intimidante” del gesto escriturario para quien no está acostumbrado a tomar la pluma.<sup>16</sup> Por un lado, como vimos, por la ausencia de entrenamiento y de modelos —o su contrario, igualmente nocivo: la abundancia de modelos, todos inútiles. Por otro, por el esfuerzo físico, manual, que tal práctica entraña, y que Roger Chartier expresa con una imagen elocuente: “la plume est trop légère pour une main habituée à manier de lourds outils”.<sup>17</sup> En las cartas que le envía a Alberdi Angéline Dauge, su ama de llaves francesa, de quien hablaremos más adelante, se refiere a esta situación al decirle en diciembre de 1879: “je finit car j’ai des douleurs en écrivant qui sont terrible” y de hecho recurre, en gran parte del intercambio epistolar, a los oficios de un “écrivain public”.

En suma, si bien parece legítimo considerar el siglo XIX como la edad dorada del género epistolar, y en particular, del sub-género “carta personal”, conviene matizar su alcance y señalar algunos clivajes que muestran que no se trató de un universo discursivo homogéneo. Como dijimos antes, estaba por un lado la correspondencia personal de artistas, de intelectuales, de notables, que tenía tras de sí una larga tradición y que aparece, tanto por el grado de entrenamiento de los correspondientes como por la estabilidad genérica que le fue dando la imprenta, como un grupo de textos de rasgos medianamente previsibles. Por otro, la correspondencia de las clases altas, con cierto grado de instrucción y con la soltura que da expresarse en un género que la vida social los ha llevado a frecuentar con cierta asiduidad; y por último, la correspondencia de quienes llegan tardíamente al mundo escrito, como la gran mayoría de las mujeres y las clases bajas. Desde el punto de vista de la *teoría* y de la *pedagogía* de este género, vimos que los *Secretarios*, estos primos “bastardos”—expresión de Cécile Dauphin— de las *ars dictaminis* del pasado, aunque difundidos, no eran de ayuda para quienes se veían en la situación de ponerse a escribir. En el caso más específico de las mujeres, esta autora señala que no solo eran mayormente escritos por hombres —solamente se consignan 28,2% de autoras mujeres— sino que las cartas que ofrecen de modelo ponen en escena signatarios mayoritariamente masculinos (entre un 70 y

Daniel Defoe and Samuel Richardson”, *Studies in the cultural History of Letter Writing*, *Huntington Library Quarterly*, Vol. 66, n° 3-4, University of California Press, 2003.

<sup>12</sup> Roger Chartier, *La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle*, Paris, Fayard, 1991.

<sup>13</sup> Maire Claire Grassi, 2005, *op. cit.*, p. 12.

<sup>14</sup> Dominique Maingueneau, “Scénographie épistolaire et débat public, en J. Siess (éd.), *La lettre, entre réel et fiction*, Caen, SEDES, 1998.

<sup>15</sup> Cécile Dauphin, “Questions à l’histoire culturelle des femmes. Les manuels

épistolaires au XIXe siècle”, en *Genèses*, n° 21, 1995, pp. 96-119.

<sup>16</sup> Florence Weber, “La Lettre et les lettres: codes graphiques, compétences sociales. Des outils pour l’analyse des écritures ordinaires”, en *Genèses*, n° 18, 1995, pp. 152-165.

<sup>17</sup> Roger Chartier, 1991, *op. cit.*, p. 73.

<sup>18</sup> Danièle Poulhan, “Les stéréotypes de l’épistolier à l’épreuve des gravures

90%).<sup>18</sup> Danièle Pouban, muestra a su vez que esta invisibilidad de la mujer aparece reforzada por las imágenes que acompañan los manuales. Así, no solo hay muy pocas imágenes de mujeres sino que, cuando aparecen, rara vez lo hacen en situación de estar escribiendo. Estos son los datos que recala esta autora: de 32 escenas de escritura, solo 5 muestran a mujeres, y a diferencia de lo que pasa con los varones que aparecen en un escritorio rodeados de libros y de los objetos necesarios para la escritura, se las ve sentadas en el salón o en un *boudoir* con actitud dubitativa, soñadora, que hasta hace dudar de que en algún momento tomen la pluma y escriban la carta.

En el caso argentino, si bien no disponemos de *Secretarios* que nos permitan reconstruir algunas de estas representaciones, hay textos que vinculan, en forma interesante, a los no letrados en general y a las mujeres en particular, con el universo epistolar. Mencionaremos brevemente dos, en tanto nos posibilitan vislumbrar las ideas que se tenía del género, y que sin dudas tuvieron alguna incidencia en la práctica concreta de las mujeres que se pusieron a escribir en ese entonces. Uno de estos textos, precisamente, fue publicado por Alberdi en *La moda* en el año 1838 bajo el título “Las cartas”. En él pone en escena a una mujer que se ve en la situación de contestar una carta pero que, desconociendo los rasgos básicos del código escrito (el uso de tinta y papel, la temporalidad diferida que permite una articulación menos improvisada del mensaje, la necesidad de anular la distancia espacial con el gesto de hacer llegar la carta a destino) así como de las reglas mínimas de urbanidad (contestar en tiempo prudente la carta que se ha recibido), queda en la ridícula situación de no contestar jamás la misiva que ha llegado a sus manos. Al sarcasmo de que es objeto esta mujer —tanto por no saber escribir como por no ser consciente de su falta— Alberdi agrega un argumento: la carta, dice, es “una visita hecha a una persona ausente [...] unas y otras ayudan a la libertad desde que ellas intiman a los hombres, y la libertad descansa en esta intimidad”.<sup>19</sup> Así, desde esta perspectiva, la comunicación epistolar cumple una función primordial en la sociedad moderna, pues es mediante su ejercicio que sus miembros se ponen en contacto y entrenan su libertad individual. Sarmiento, por su parte, señala en la *Memoria* sobre la reforma ortográfica que redacta en Chile que “el conocimiento de la ortografía, o la manera de escribir las palabras, es una cosa que interesa a todos igualmente; a los que se dedican a las letras, como a los comerciantes, a los hacendados, a las mujeres, a toda persona, en fin, que tenga la necesidad de escribir una carta.”<sup>20</sup> La escritura, en otras palabras, se ha filtrado ya en todas las esferas de la vida social y todos deben poder manejarla: desde los hombres de letras hasta el polo opuesto de la escala, que estaría representado por las mujeres, pasando por la pluralidad de ocupaciones que se dan cita en el mundo civilizado. En estos

textos, pues, la carta personal aparece como el dispositivo mínimo de comunicación escrita que hay que saber usar, como un género fácil por su aparente cercanía con la oralidad y por ello mismo apto para una pedagogía de la escritura que apuntase al uso concreto de este código en sociedad, y un género que presenta la “ventaja” —desde la óptica de la generación del 37— de tener un alcance limitado ya que su ámbito de circulación no excede de la vida doméstica.<sup>21</sup>

Pero, más allá de estas representaciones, ¿cuáles son los rasgos que definen la carta personal desde el punto de vista de su funcionamiento social y discursivo? ¿Cuáles son sus exigencias concretas? ¿Ante qué decisiones debía enfrentarse quien empuñara la pluma, y qué consideraciones debía tener en cuenta?

## 2. Un género escurridizo

### 2.1. Consideraciones teóricas

Como dijimos más arriba, en oposición con su tan mentada *naturalidad*, que parece explicar su tardía incorporación a los manuales de escritura, al intentar caracterizar el género las dificultades arrecian. Brigitte Díaz comienza su libro *L'épistolaire ou la pensée nomade* aseverando que: “Las correspondencias son textos híbridos y resistentes a todas las identificaciones genéricas”.<sup>22</sup> El lingüista Jean-Michel Adam, por su parte, se hace eco de las palabras de Noel y La Place, autores de un manual de referencia sobre literatura y moral del siglo XIX, quienes decían: “No hay literatura de género más variado, más extendido: comprende todo lo que el pensamiento puede abrazar, todo lo que la palabra puede expresar”.<sup>23</sup> Vincent Kaufman asegura, por su parte, que “la carta es un objeto demasiado movido, demasiado poliforme como para que podamos encarar una descripción verdaderamente sistemática”.<sup>24</sup> Ya Erasmo notaba en 1502: “Rex tam multiplex propeque ad infinitum varia”, es decir, una materia discursiva regida por una variabilidad infinita.

A la hora de mirar más de cerca esta “infinita variedad”, aparecen algunas explicaciones recurrentes que describen los contornos porosos de este objeto, ubicado en el cruce de una gran diversidad de prácticas. Por un lado, se insiste en el hecho de que parece construirse en torno de algunas paradojas que son tanto del orden de la representación como de su materialidad discursiva. Paradojas, en primer lugar, en cuanto al juego que se da entre lo individual y lo social: palabra ritualizada, llena de fórmulas y estereotipos, sometida a las normas de sociabilidad de cada época, organizada en torno al lugar social que ocupan los interlocutores; y también libre, íntima, ámbito en el cual se invita al sujeto a

(France, XIX)”, en *L'épistolaire au féminin*, Díaz, B. y J. Siess (éd.), Caen, Presses Universitaires de Caen, 2006.

<sup>19</sup> Juan Bautista Alberdi, “Las cartas”, *La moda*, n° 8, 06/01/1838, p. 4.

<sup>20</sup> Domingo F. Sarmiento, “*Memoria (sobre la ortografía americana) leída a la Facultad de Humanidades*”, [1843], Biblioteca Virtual Manuel de Cervantes, 2010, p. 4. Disponible en línea: [www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcj10h8](http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcj10h8).

<sup>21</sup> Graciela Batticuore estudia con detenimiento numerosas escenas de lectura y escritura de cartas que precisan el vínculo entre mujeres y género epistolar en nuestro país en el siglo XIX. Ver, por ejemplo: “Cartas de mujer. Cuadros de una escena borrada (Lectoras y autoras durante el rosismo)”, en *Letras y divisas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1998; o *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830 - 1870*. Buenos Aires, Edhasa, 2005.

<sup>22</sup> Brigitte Díaz, *L'épistolaire ou la pensée nomade*, Paris, PUF, 2006, p. 9.

<sup>23</sup> Jean-Michel Adam, “Les genres du discours épistolaire. De la rhétorique à l'analyse pragmatique des pratiques discursives”, en J. Siess (éd.), *La lettre entre réel et fiction*, Caen, SEDES, 1998, p. 38-39.

<sup>24</sup> Vincent Kaufmann, *L'équivoque épistolaire*, Paris, Editions de Minuit, 1990.

mostrarse “tal cual es”, a expandir su subjetividad. “Libre et codifié, intime et publique, tendue entre secret et sociabilité, la lettre, mieux qu’aucune autre expression associe le lien social et la subjectivité”, resume Grassi.<sup>25</sup> Esta dualidad tiene su correlato en el vínculo ambivalente con la norma, algo que quedó en evidencia a partir del siglo XVII: según R. Duchêne cuando el género por fin se codifica, se impone *ipso facto* el desdén por cualquier forma de sujeción a las reglas.<sup>26</sup> A su vez, si aparece como el espacio discursivo ideal para la construcción de una expresividad y subjetividad nacientes, ya en el siglo XIX, su divulgación se da a través de textos e instituciones que persiguen el objetivo contrario. Ya vimos más arriba el modo en que los manuales desalentaban, en los hechos, la escritura, y promovían el confinamiento de la mujer al espacio privado y a la mera lectura; también se ha señalado que la pedagogía de la carta fue igualmente utilizada como la ocasión para promover una educación moral cristiana, un espacio de restricción, de control sobre sí mismo: “Elle dicte les bonnes manières et les bons sentiments aux enfants d’une société qui prône le respect des familles et l’ordre bourgeois.”<sup>27</sup> Otra inestabilidad que recorre el género, y que lo torna refractario a la descripción, tiene que ver con su doble naturaleza de objeto completo e incompleto a la vez. Según Kerbrat Orecchioni, es “completo en tanto se presenta como un texto (con secuencias visibles de apertura y cierre); y es incompleto en tanto no tiene sentido si no es en relación con otro texto”. Este carácter “bastardo” estaría en el origen de algunas de sus características discursivas más notorias: abundancia de referencias diafónicas (al discurso del otro), tendencia a la enumeración, etc. Este rasgo remite a otro: el hecho de que se trate tanto de objetos discursivos puntuales como de eslabones de un proceso mayor que involucra, de manera activa, a más de un enunciador. En efecto, cuando estamos ante un epistolario, cada carta debe pensarse en relación con otras, incluso en sus aspectos discursivos más básicos: el registro, el tono, el *ethos* de los correspondientes, los temas que se abordan y los que se descartan, todo forma parte de una negociación o estabilización progresiva, que se va dando con el correr de las cartas.<sup>28</sup> Françoise Voisin-Altani observa, de hecho, aquí uno de los rasgos más salientes de la carta personal: en ella se veía una forma específica de enunciación en la cual la subjetividad se construye en el marco de una relación recíproca entre el locutor y el alocutario.<sup>29</sup> De ahí que algunos la consideren “una forma híbrida y polívoca”: sincrónicamente, como una red de voces que se entretejen las unas a las otras; diacrónicamente, como las modulaciones sucesivas de una misma voz. De ahí también su particular vínculo con la temporalidad: las referencias al pasado (nostálgico) de la presencia del otro o al de la carta del otro; un presente que genera la ilusión del cuadro espacio-temporal compartido, y un futuro al que tiende toda carta en tanto allí, finalmente, se verifica su eficacia, aunque más no sea en mante-

ner el vínculo latente. En estas consideraciones también, siguiendo a Kerbrat-Orecchioni, se podría ver el costado abierto, inconcluso, transitorio, paradójico, de toda carta personal.

Desde la óptica de la teoría de los géneros discursivos, estas inestabilidades constituyen un desafío: la diversidad de temas y estilos, la presencia de secuencias discursivas variadas, distintos actos de habla involucrados, estructuras variables, caprichosas, etc. En ese sentido, no resulta llamativo que dos de sus más reconocidos referentes le hayan dedicado textos que están en el origen de revisiones importantes del concepto de género. Dominique Maingueneau, por ejemplo, utiliza la carta personal/familiar para ilustrar su teoría según la cual toda “escena de enunciación” supone tres escenas de habla: la escena *englobante* (que remite al tipo de discurso del cual se trata, al universo social en el que se inscribe: el discurso religioso, político, publicitario, etc); la escena *genérica* (ligada a los géneros discursivos, es decir, a los rituales socio-lingüísticos en los que se inscribe); y finalmente la *escenografía* (un dispositivo construido en el interior del discurso que supone una distribución de roles, un decorado, una cronología... desde el cual se interpela al interlocutor). El ejemplo que brinda es el de la “Lettre à tous les Français” con la cual François Mitterrand articuló su campaña presidencial en 1988, un texto en el cual el programa político que se anuncia adopta la escenografía de una carta familiar, donde el entonces presidente oficia de padre, afectuoso y serio, ante los “hijos” que lo escuchan. Este análisis lo lleva a concluir que la carta es un “hiper-género” que elude las taxonomías compactas en la medida que no es fácil deslindar géneros y sub-géneros (por ejemplo: la carta de amor sería un sub-género de la carta personal pero un género dentro de los discursos amorosos) y que, al poseer muy pocas restricciones temáticas, composicionales y estilísticas, puede asimilarse a las prácticas comunicativas más variadas, como género o como escenografía.<sup>30</sup> Jean Michel Adam,<sup>31</sup> por su parte, estudia la organización interna de las cartas partiendo de los modelos prescriptos por la retórica y la observación de las ocurrencias actuales. En ese marco, señala que más allá de las variantes aludidas, se observa una regularidad en la composición que, en forma de normativa, ya estaba presente en la tradición clásica y la medieval. La primera postulaba en toda carta tres grandes momentos: el exordio o la toma de contacto; el desarrollo del tema o la *narratio*; y la conclusión. En el medioevo, las partes se extienden a cinco: la *salutatio*, la *captatio benevolentiae*, la *narratio*, la *petitio* y la *conclusio*. Desde la perspectiva pragmática y textual en la cual se inscribe, él propone tomar como punto de partida la macro-unidad del texto dialogal que supone secuencias fáticas de apertura y cierre —visibles en toda interacción epistolar— y otras secuencias transaccionales diversas que constituyen el cuerpo de la carta, cuyo contenido, largo, y distribución temática va a depender del objetivo de la misma. Por otra parte, retomando a Bajtín, va a decir que no hay

<sup>25</sup> Marie Claire Grassi, 2005, *op. cit.*, p.9.

<sup>26</sup> Robert Duchêne, 1999, *op. cit.*

<sup>27</sup> Brigitte Díaz, 2006, *op. cit.* p. 25.

<sup>28</sup> Catherine Kerbrat-Orecchioni, “L’interaction épistolaire”, in J. Siess (éd.), **La lettre entre réel et fiction**, Paris, SEDES, pp. 15-36.

<sup>29</sup> Françoise Voisin-Altani, “L’instance de la lettre”, in J. Siess (éd.), **La lettre entre réel et fiction**, Paris, SEDES, pp. 15-36.

<sup>30</sup> Dominique Maingueneau, 1998, *op. cit.*

<sup>31</sup> Ver: Jean-Michel Adam y Ute Heidmann, “Des genres à la genericité. L’exemple des contes (Perrault et les Grimm)”, **Langages**, n° 153, Larousse, Paris, 2004, pp. 62-72; Jean-Michel Adam, “Types de textes ou genre de discours? Comment classer les textes qui disent de et comment faire?”, **Langages**, n° 141, Larousse, Paris, 2001, pp. 10-27.



género epistolar sino géneros: la diversidad manifiesta y las diferencias de tema, composición y estilo entre unos y otros serían el reflejo de “las diferencias en los ámbitos de circulación y producción de las cartas, es decir, de las prácticas socio-discursivas en las cuales los sujetos están involucrados”. A partir de este viejo postulado, Adam va a deslindar cuatro géneros prototípicos que ubica en un eje escalar que va de lo más íntimo a lo más público: los textos concretos “tenderán” a alguna de esas secuencias.

Así reconoce cuatro grandes grupos:

- a) la correspondencia íntima: amistosa, amorosa, erótica, familiar... cuyos rasgos más salientes serían la abundancia de implícitos, largo variable, tono informal.
- b) la correspondencia socialmente distanciada: involucra a un círculo de personas más amplio que el círculo íntimo. Por ejemplo, las cartas de agradecimiento, condolencias, etc. Este género sería más breve, más formal.
- c) la correspondencia de negocios/laboral: cartas comerciales y administrativas. Se verifica mayor distancia, formalidad, brevedad.
- d) la correspondencia abierta: mayor número de personas involucradas en el intercambio, fuerte impronta argumentativa, etc.

Esta clasificación, aunque poco exhaustiva en cuanto a los rasgos que oponen unas cartas con otras, tiene la ventaja de desplazar la problemática del género como repertorio de categorías a las cuales los textos remiten hacia una problemática más dinámica. Un texto no pertenece a un género de por sí sino que es puesto en relación con uno o varios géneros en el momento de la producción y de la recepción. Del mismo modo, Adam sugiere que estos formatos discursivos tienen contornos porosos, lábiles, de modo tal que resultan comprensibles las operaciones de pasaje de uno a otro de que pueden ser objeto.

Hechas estas aclaraciones, vamos a interrogarnos ahora, brevemente, de qué modo incidían estos rasgos en la escritura de dos de las mujeres de nuestro *corpus*. En otras palabras: qué representaciones se hacían ellas del género, qué dificultades se les presentaban, de qué modo las sorteaban. En suma: ¿qué configuración presentaba el género *carta personal* en la segunda mitad del siglo XIX en la escritura de dos mujeres no expertas?

## 2.2. Un ama de llaves normanda y una viuda rica de Buenos Aires

Dentro del amplio *corpus* con el que trabajamos, hay dos mujeres que se destacan por la asiduidad con la que le escribían a Alberdi y por el número de años que abarca el intercambio epistolar con él: por un lado, Angéline Dauge, su ama de llaves francesa, que le escribió 216 cartas a lo largo de 24 años, y por otro, Ignacia Gómez de Cánova, una amiga de Buenos Aires, que le envió 109 durante 18 años. En ellas nos detendremos ahora brevemente para describir un estado del género.

Una primera observación de estos materiales pone en evidencia

una escritura que refleja, creemos, los efectos de la enseñanza, mayormente rudimentaria y asistemática, que las mujeres recibían entonces, con algunas variantes en función de la clase social. En el caso de Dauge, estamos ante lo que Chamayou designa como una mujer “*moyennement lettrée*”, es decir, recientemente incorporada al mundo escrito, a través, probablemente, de una escolarización parroquial.<sup>32</sup> La suya es, a grandes rasgos, una escritura fuertemente ligada a la oralidad, en la medida que exige pasar por ese código para ser comprendida; y al no conllevar correcciones o marcas de relectura, sugiere una factura “espontánea”, desarrollada mayormente con el correr de la pluma. Esto resulta evidente en la ausencia de puntuación y de párrafos, en un uso caprichoso de las mayúsculas, una ortografía fonética y oscilante, una segmentación variable de las palabras y una sintaxis por lo menos desmañada. En el caso de Cánova, también se observa una ortografía inestable, que se amolda en algunos casos al habla; una puntuación arbitraria que, cuando aparece, está más ligada a la respiración que a la semántica, y una sintaxis principalmente paratáctica, que también recuerda las formas orales. En ambos casos, la representación del género epistolar que prima parece ser la de “una conversación con un ausente”, lo cual es evidente, entre otras cosas, por el uso de verbos como “hablar”, “conversar”, “decir” para referirse al acto de escritura, y en el caso de Cánova, por la construcción de una “escenografía conversacional”, ligada a las formas de la sociabilidad burguesa: la tertulia mundana o política, la conspiración, etc. En sus cartas, de hecho, se oyen ecos de su voz en el modo de disponer la información en la frase, en la vivacidad de la sintaxis, la reiteración de estructuras: “Con motivo de mi mudanza/me bisitan mis amigas las/ que lo conosen me preguntan/ con interés por si v viene y/ por que no viene, las que no/lo conosen por que desean cono/serlo asi es que no preciso/recomendarlo los hombres/ como v estan demasiados/recomendados”.<sup>33</sup> Es de notar que estos rasgos enumerados rápidamente no se modifican con el correr de las cartas: tal vez porque estas reminiscencias orales serían coherentes con esta concepción de la carta y porque la norma escrita no tenía peso todavía, pero sobre todo, creemos, porque el esfuerzo —tangible, incansable— que realizan las dos, aunque con orientaciones divergentes, está puesto en otra dimensión de la discursividad. En efecto, una hipótesis que guía nuestra investigación consiste en decir que el vínculo epistolar con Alberdi puso a estas mujeres en una situación enunciativa novedosa que las obligó a revisar y a extender su modesto repertorio genérico mediante un trabajo personal de envergadura alentado por la misma interacción epistolar. Y precisamente, en la medida en que se fueron entrenando y estabilizaron la *genericidad* de sus textos, lograron aprovechar la plasticidad propia de la carta personal para deslizarse en ámbitos enunciativos diferentes en los cuales plasmar otras voluntades comunicativas que también eran las suyas.

En el caso de Dauge, este movimiento se puede apreciar en el pasaje paulatino de una escritura que tiende, claramente, al comienzo, hacia el sub-género “carta de trabajo”, a otra que se va

<sup>32</sup> Anne Chamayou, *L'esprit de la lettre*, Paris, PUF, 1999.

<sup>33</sup> Carta fechada el 12/11/1864. Respetamos la ortografía original.

instalando, con fuerza, en el campo del discurso amoroso. Así, si sus primeras cartas aparecen como textos claramente “funcionales”, en la medida que su contenido remite al universo laboral y a las circunstancias de la vida doméstica, paulatinamente, una vez que le ha precisado a Alberdi qué publicaciones periódicas y qué cartas ha recibido a su nombre y le indica de qué modo se las hará llegar, una vez que lo ha interrogado acerca de su próxima visita a Saint-André o que le ha indicado los numerosos gastos que la casa le supone para saber si él sería tan amable de enviarle cierta suma de dinero. Dauge se aferra al *topos* de la salud, propio de la carta personal, y lleva su escritura al campo semántico del cuerpo y del dolor. Y al hacerlo, la emotividad de los enunciados se acentúa: “Me falta el aire”, “siento dolores en toda mi persona”, “ayer tuve otra crisis”, “estoy cada vez más enferma”, “quién sabe si estaré viva cuando usted reciba esta carta”, “me muero de tristeza y de aburrimiento, creo que no voy a vivir mucho tiempo”, “soy piel y huesos, da pena verme”, “pronto quedaré ciega a fuerza de tanto llorar”. Al estudiar con detenimiento estos comentarios, observamos que el tópico del cuerpo enfermo funciona como bisagra para pasar de lo que Adam llama “correspondencia de negocios o laboral” a una correspondencia más íntima: amistosa, amorosa, casi erótica. Las cartas de Dauge ponen así en escena dos marcos enunciativos: el primero, que la ubica como empleada ante su patrón, al cual se dirige con distancia y en un tono neutro, informando aquello que es pertinente. El segundo, más trabajado, la coloca como mujer ante un hombre al que quiere conmovier. En otros trabajos mostramos de qué manera este llamado de atención sobre el cuerpo se vincula con la imagen propia de la mujer decimonónica, la de la eterna enferma, así como con el ideal de belleza de aquel entonces, en tanto los síntomas que describe remiten a la tuberculosis, enfermedad romántica por excelencia.<sup>34</sup> Se trata aquí, a nuestro juicio, de una estrategia discursiva que Dauge va perfeccionando a lo largo de su intercambio con Alberdi y que consiste en instalar una zona de ambigüedad referencial donde las menciones al cuerpo admiten una lectura metafórica. Y que, a la vez que sugieren los padecimientos del suceder interior y crean una ilusión de acercamiento entre los cuerpos que el diálogo epistolar sabe distantes, le permiten abandonar el registro de lo utilitario que justifica la carta y adentrarse en un plano emotivo desde el cual construir, discursivamente, una relación de otro orden.

En el caso de las cartas de Ignacia Cánova, aparece un gesto análogo, en el cual se da un pasaje entre un tipo de carta y otro, entre un tipo de vínculo y otro distinto. Se trata aquí de una situación diferente de la anterior ya que la relación entre ambos no es laboral, asimétrica, sino de amistad entre personas que pertenecen al mismo círculo social. Sin embargo, las cartas de Ignacia también ponen de manifiesto una evolución en relación con la escritura, cuyo inicio podemos situar con bastante precisión: ocurre en 1865, poco después de que estalla la Guerra de la Triple Alianza. Hasta ese momento, las cartas de Ignacia remitían a una modalidad epistolar mundana, ligada a la sociabilidad y a la urbanidad de aque-

lla época: ella se burla, por ejemplo, del vestido de una conocida en común o le pide una recomendación para un amigo, desmiente que se haya casado, como él le pregunta socarronamente, coquetea. Cuando empieza la guerra, sin embargo, el tema excluyente de las cartas pasa a ser la contienda bélica: el tono cambia, se torna combativo, y toda la afectividad se concentra en su compromiso político, que está orientado en favor de los paraguayos. Al mismo tiempo, Cánova va a empezar a juntar y seleccionar recortes de diarios para enviarle y a recabar información entre conocidos acerca de lo que está pasando y de lo que se dice en Buenos Aires para hacérselo saber a Alberdi. En el caso de Ignacia, su progresivo dominio del género, las huellas de su aprendizaje, resultan patentes en dos aspectos: por un lado, su trabajo sobre su *ethos* discursivo mediante el cual va legitimando su mirada de tal forma que Alberdi preste atención a lo que ella le dice; por el otro, aceitando cada vez más una retórica de la inmediatez propia del periodismo y contraria al modo de circulación de las cartas de entonces que tardaban semanas antes de llegar a destino. En cuanto al primer punto, resulta notable cómo pasa rápidamente a un segundo plano el tono seductor que impera en las cartas anteriores a la guerra, donde ella se refería al luto que iba dejando atrás, le pedía retratos, se burlaba de otras mujeres de su medio, y empieza a hacer gala de sus infinitos contactos que le permiten saber, casi de primera mano, qué está pasando en la esfera política y en el teatro de la guerra. Así, por sus cartas desfilan senadores, diputados, representantes extranjeros, distintos ciudadanos notables de la ciudad que la visitan o que ella encuentra en casa de su hermana. También se muestra como una mujer informada, lectora de todos los diarios de la capital que, por otra parte, lee críticamente. Más de una vez señala: “Los diarios dicen (tal cosa), falta saber si es cierto”. En cuanto al segundo punto, la construcción del *scoop*, Cánova la actualiza escandiendo su carta de enunciados que anuncian que algo puede pasar antes de que termine la carta, y que se lo hará saber. Dice, por ejemplo, “si puedo saber algo se lo escribiré al final de esta carta, que no la serraré hasta último momento”; “si viene alguna noticia buena le escribiré por el alcance”; “no serraré esta carta hasta último momento hasta ver si llega algo para comunicarle”; “creo que antes de serrar esta habrá algo nuevo”; “antes de serrar esta creo que habrá alguna noticia Dios Quiera sea buena para nosotros”; “quien sabe si antes de serrar esta carta no tenemos un triunfo”. Para medir la eficacia de estos procedimientos, baste citar una carta que da cuenta de la frecuencia con la que Alberdi contestaba sus cartas: aunque no disponemos de sus epístolas, probablemente inhallables, sí sabemos que en julio de 1868 ella le escribe: “estoy tan acostumbrada a recibir carta suya en todos los vapores que me causa inquietud su silencio”.

## Conclusiones

Este trabajo nos permitió recorrer algunas representaciones del género “carta personal” que circulan en occidente desde hace varios siglos: bajo la forma normativa de los *ars dictaminis* o los manuales, bajo la forma de modelo en las numerosas antologías, y en la cuantiosa literatura que sobre este fenómeno se escribió,

<sup>34</sup> David Le Breton, *La sociologie du corps*, Paris, PUF, 1992; y *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993.

tanto en el ámbito de la lingüística como de la historia de la cultura escrita. En este marco, observamos los contornos del género en algunas ocurrencias concretas, que tenían la ventaja de haber sido redactadas por mujeres no expertas, cuyos textos rara vez fueron conservados, y que nos permiten acercarnos al modo en que la escritura fue concebida por una población que llegaba tardíamente al mundo de la cultura escrita. En los ejemplos que analizamos, mostramos sucintamente el modo en que el aprendizaje de la discursividad era simultáneo con el vínculo epistolar, y que este consistió, precisamente, en explorar la vaguedad del género, las posibilidades que ofrecían sus *topoi* (el cuerpo, el tiempo), su inherente flexibilidad, y usar todo esto en función de las propias motivaciones comunicativas. En el caso de Angéline Dauge presenciamos el pasaje de una carta utilitaria a una carta cercana al discurso amoroso y, en el de Cáneva, de una carta mundana a una carta periodística, comprometida políticamente. Vimos que el cambio es más complejo de lo que parece, en tanto supone una alteración cuasi total de la escena enunciativa: el rol de los interlocutores, su estatus, el tipo de respuesta que interperlan, los tonos, las secuencias.

No insistimos lo suficiente, y por eso queremos hacerlo ahora, en el hecho que este aprendizaje debió de ser arduo, teniendo en cuenta la educación rudimentaria que recibieron estas dos mujeres en materia de escritura, más allá de las diferencias sociales que las separan. Se trató de un aprendizaje sin dudas motivado y alentado por el hecho de interactuar con este intelectual, y se hizo en gran medida en forma solitaria y en el marco de la misma práctica de escritura. Es importante recordar esto, ya que pesa sobre la carta personal la representación de que se trata de un género fácil, casi podríamos decir, retomando a Bajtin, de un género primario de la comunicación escrita, es decir, de aquel cuyo aprendizaje es espontáneo, natural, inconsciente; paralelo casi a la adquisición del lenguaje. Esto no es así. Para Dauge, principalmente, escribir es una tarea esforzada, que la cansa y la pone a prueba. Para Cáneva, es una exigencia de la sociabilidad de la época a la que no puede sustraerse sin aislarse de un círculo de personas a las que quiere seguir estando asociada. Coincidimos, más bien, con el francés Marc Fumaroli que sostiene que su aparente simplicidad es, en realidad “un trompe l’oeil, una ilusión óptica que oculta los engranajes de una mnemotécnica y de un arte ejercido en forma cotidiana”.<sup>35</sup> Por momentos, afortunadamente, nos topamos con *corpus* de cartas donde estos engranajes se dejan ver.

### Resumen

El presente trabajo pasó revista a algunas representaciones del género “carta personal” que circulan en occidente desde hace varios siglos: bajo la forma normativa de los *ars dictaminis* o los manuales, bajo la forma de modelo en las numerosas antologías, y en la cuantiosa literatura que sobre este fenómeno se escribió, tanto en el ámbito de la lingüística como de la historia de la cultura escrita. En este marco, intentamos describir los contornos del género tal como aparecen en dos *corpora* concretos: el de dos mujeres que le escribieron a lo largo de varios años a Juan Bautista Alberdi. El interés de este análisis radica en que estamos frente a escritoras no expertas cuyo entrenamiento en la cultura escrita va a la par de su práctica epistolar, y que muestran, en el correr de sus textos, tanto las ideas que se hacen del mismo como una destreza creciente para adaptar la labilidad del género a su propia voluntad enunciativa.

### Palabras clave

Género epistolar; Escritura de mujeres; *Ars dictaminis*

### Abstract

The following work is an overview of some different examples of the genre referred to as “personal letters”. Personal letters have circulated in the west for centuries as a normative form in “ars dictaminis”, in manuals or as models in numerous anthologies, and in the plethora of literature that has been written about this phenomenon in the sphere of linguistics and the sphere of literary history. Considering this we will attempt to describe this genre as it appears in the two concrete “corpora” here which are those of the two women who wrote to Juan Bautista Alberdi over the course of several years. The key interest of this analysis lies in the fact that we are considering two women who were not experts in this field and that they learnt their craft as they wrote which can be seen when reading their texts in their ideas as well as in their increasing talent to adapt this genre to their own will and voice.

### Keywords

Epistolary genre; Women’s writing; *Ars dictaminis*

<sup>35</sup> Marc Fumaroli, “Genèse de l’epistolographie classique: Rhétorique humaniste de la lettre, de Pétrarca jusqu’à Juste Lipse”, *Reveu d’histoire littéraire de France*, 1978, pp. 886-905.